

Fecha: 10-06-2005

Sección: Ciencia

Página: 50 y 51



CIENCIA

INVESTIGACION CON EMBRIONES EN ITALIA / LA POLEMICA

Presentamos la segunda parte del artículo que la escritora italiana Oriana Fallaci publicó en el *Corriere della Sera* con motivo del referéndum que se celebrará en su país los días 12 y 13 de junio, donde se consultará a la población sobre su postura respecto de la investigación con embriones huma-

nos y si se debe profundizar el desarrollo científico en áreas como la fertilización asistida y, especialmente, las pruebas con células madres. La ley que deberán referendar los italianos tiene cuatro puntos: El primer capítulo versa sobre la derogación de la prohibición actualmente existente para

manipular células madres. El segundo, sobre la limitación de tres embriones que se pueden fecundar. El tercero, sobre la equiparación de los derechos jurídicos del embrión a los de las personas ya nacidas y el cuarto punto es sobre la prohibición de donaciones de semen ajenas a la pareja.

Nosotros los caníbales (y II)

Un manifiesto contra la investigación con células madres

Por ORIANA FALLACI

Cualquier diccionario define la Etica como aquella parte de la Filosofía que se ocupa de la Moral. De lo que está bien para el Hombre, de lo que está bien hacer o no hacer. De hecho, en la Etica se inspiran generalmente las leyes de los países no bárbaros o no del todo bárbaros, y, hasta ayer, en Occidente, nos hemos atenido a esas reglas. El problema es que, en la Edad Moderna, la Etica parió una hija degenerada que se llama Bioética. Siempre según el diccionario, la Bioética es una disciplina que «se ocupa de los problemas morales e individuales y colectivos relacionados con el avance de los estudios en el campo de la genética y de la tecnología relativa a la formación de los procesos vitales». Pero sobre tal disciplina yo pienso lo mismo que Erwin Chagaff, el gran bioquímico americano que sólo con oír hablar de procreación asistida o de fecundación artificial se ponía como una fiera y gritaba: «La Etica es a la Bioética lo que la música a las marchas militares». Pues bien, el mundo occidental chapotea en esas marchas militares. Institutos de Bioética, comités de Bioética, academias de Bioética. Siempre en manos de sabios que dicen querer defender nuestro futu-



ro, sopesar la alegría del Saber con la utilidad social y poner coto a la avidez de los intereses industriales y financieros. Pero ante el idolo Ciencia, ante la divinidad Ciencia, ante el mito de la investigación científica, la Bioética se cruza de brazos siempre. En 1997, cuando nace la oveja Dolly y ya estaba claro que, por medio de los mismos artificios, la clonación podría extenderse a los seres humanos, los representantes de la noble disciplina definieron la cosa como éticamente inaceptable. «¡Jamás! ¡Permitirlo equivaldría a ir contra la ley biológica clave! ¡Sería un ultraje a la Naturaleza que, por sí sola, prevé la evolución de nuestra especie! ¡Conduciría al declive de nuestra civilización!». Lo dijeron todos, absolutamente todos. El Comité Internacional de Bioética de la UNESCO, la United States Bioethics Commission, el Consejo para la Etica y la Bioética de la Comisión Europea, por ejemplo. Y la Organización Mundial de la Salud y las diversas Academias Nacionales de Medicina. Cuando nació la primera niña concebida en una probeta, la niña inglesa, lo mismo. Cuando lo de la eutanasia, igual. Con motivo del actual holocausto de los embriones, ídem. ●●●

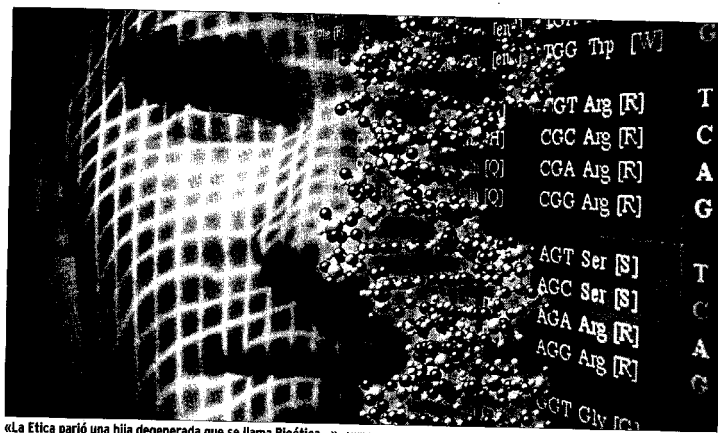
●●● Vetos, condenas, pero después todos comenzaron a cerrar los ojos. A dar una de cal y otra de arena, a permitir compromisos que, en realidad, eran permisos. Es su forma de ser *Politically Correct*. Al principio, gritan al escándalo. Después, comienzan a farfullar que hay que reflexionar mejor, que no se pueden prohibir los descubrimientos científicos, que no se puede ir hacia atrás, y se deslicen. Se revisan los vetos y las condenas. Incluso se toman cómplices del delito. Siempre con el pretexto de la terapéutica, se entiende...

El último ejemplo es italiano. Procede del Comité Nacional de Bioética que, el pasado mes de mayo, se mostró favorable a la utilización de células estaminales aisladas de los fetos abortados. «La utilización del tejido fetal extraído de la interrupción voluntaria del embarazo y su utilización con fines científicos y terapéuticos no se configura como bioéticamente ilícito». Comprometiéndose a no meter mano sobre el «material fresco» (un niño apenas abortado lo llaman «material fresco»), como el pescado fresco), y explicando que eso no sería tal vez necesario, porque hay miles de células fetales criocongeladas en un banco milanés, nuestros estaminalistas podrán, pues, experimentar sin escrúpulos y sin problemas.

INCENTIVO AL ABORTO

Y paciencia, si saben perfectamente que la decisión es un incentivo al aborto, perdón, a la interrupción voluntaria del embarazo. (Así se dice en el lenguaje *Politically Correct*). Paciencia. Si saben igual de bien que, para muchas mujeres y para muchas parejas, el comercio de los hijos abortivos es un negocio bastante rentable.

Piénsese en el «turismo procreativo» al que se han lanzado muchos países de Europa o cerca-



«La Etica parió una hija degenerada que se llama Bioética...». / WILLIAM WHITEHURST

nos a Europa, como Cuba y Tailandia se lanzaron al «turismo sexual». Por siete mil euros, Ucrania ofrece el billete de avión, el hotel de primera clase con comida incluida, el guía turístico e, incluso, el ovocito. Y cuando desembarcas en el aeropuerto, ni siquiera pasas por la aduana. También es rentable el negocio de los espermatozoides. Junto a los óvulos congelados, los bancos occidentales tienen cantidades ingentes de esperma congelado. En ambos casos, el material procede de Ucrania, de Rumanía, de Albania, de Eslovenia, de Corea y de los países más pobres del continente asiático. Pero también procede de Suiza, de Noruega, de Grecia, de Malta, de Portugal y de España. Especialmente de Barcelona, la ciudad en la que viven muchos inmigrantes procedentes de la Europa del Este. Están repletos de este material sobre todo los bancos ingleses. No en vano el Parlamento Europeo (por su

propia bondad) lanzó una advertencia a Inglaterra, donde el mercado florece vergonzosamente con los óvulos procedentes de las clínicas rumanas. En su mayoría, óvulos vendidos a mil o dos mil euros la docena por las gitanas. Y en el libro más inquietante que haya leído sobre este tema, *La vida en venta*, los autores, Christian Godin y Jacques Testart, cuentan que en Europa los óvulos de las chicas rubias y estilizadas (a menudo modelos) cuestan mucho más caros. Al menos, quince mil euros cada uno.

Y es que garantizan hijos de concursos de belleza, ¿entiende? Hijos a medida, elegidos en el menú de la eugenesia y de la biotecnología. A este respecto, Godin cuenta haber encontrado en un sitio de Internet este anuncio: «Se busca óvulo bello e inteligente procedente de una estudiante muy deportista y alumna de un colegio muy famoso». Y ahora díganme si estas investigaciones, para las que los promotores

del referéndum invocan la libertad iluminada, no se pueden asociar a los campos de Dachau, de Birkenau, de Auschwitz y de Mauthausen. Díganme si estas investigaciones, aparentemente hechas para curar enfermedades, en realidad no apuntan a algo que se asemeja mucho al hitleriano sueño de una sociedad compuesta sólo por rubios con ojos azules. Díganme si, con el pretexto de la terapéutica, la Ciencia y el Progreso no contemplan un mundo de superhombres (súper es una forma de decir, dado que el premio Nobel doctor Kary Mullis propone clonarnos con el ADN procedente de famosos atletas y estrellas del rock...). Sin embargo, los 60 miembros del Comité Nacional de Bioética han concedido su autorización casi por unanimidad. Sólo con un voto en contra y una abstención. Y entre ellos había algunos católicos y, entre los católicos, estaba monseñor Elio Sgreccia, presidente de la Pontificia Academia de las Ciencias, amén

de obispo y autoridad muy prestigiosa en el universo de la Bioética. He dado un salto al leer la noticia. Aún sabiendo que el suyo fue un voto muy pensado, me dije: ¿Cómo es posible? ¿No fue Wojtyla el primero que dijo que a un embrión se le debe el mismo respeto que a cualquier persona? ¿Es que ya cede hasta la Iglesia ante la Ciencia que quiere sustituir a los legisladores? ¿Aparte del cardenal Ruini y otros pocos, sólo aguanta el tipo Ratzinger? «La Ciencia no puede generar *ethos* -ha escrito Ratzinger en su libro *Europa*-». Una renovada conciencia ética no puede proceder del debate científico.

Naturalmente, Ratzinger lo dice en clave religiosa, como filósofo y teólogo que no prescinde de su fe en el Dios Creador. Un Dios bueno, un Dios misericordioso, un Dios que inventó el universo y creó al Hombre a su imagen y semejanza. Tesis que, a veces, le envidio, porque resuelve el rompecabezas de quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos, pero en la que mi ateísmo ve sólo una bellísima fábula. Si Dios existiese y fuese un Dios bueno y un Dios misericordioso, ¿por qué habría creado un mundo tan caótico? Pero, al decirlo, defiende la Naturaleza, Ratzinger. Rechaza un Hombre inventado por el hombre, es decir un hombre producto de sí mismo, de la eugenesia menegiana, de la biotecnología *Frankensteiniana*. Y lo que dice es verdad. Es justo y razonable. Es un discurso que va más allá de la religión, un discurso civil, en el que no tiene nada que ver la bellísima fábula. Tiene que ver con los deberes que nosotros tenemos para con la Naturaleza. Hacia nuestra especie, hacia nuestros principios. Los principios sin los que el Hombre no es sino un objeto de carne sin alma.

Reflexione a fondo y se dará cuenta de que la culpa de esta locura no es sólo de los científicos, de los investigadores, de los sin

Fecha: 10-06-2005

Sección: Ciencia

Página: 50 y 51



critorio para los que todo es lícito si es posible y materializarlo los hace ricos y famosos.

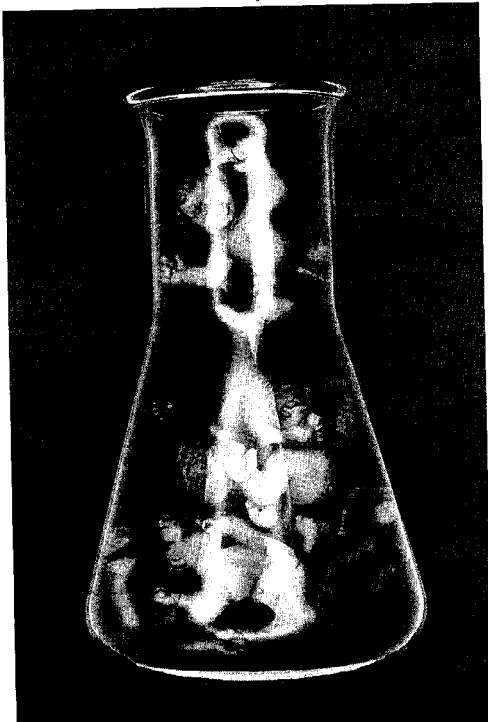
Es como la historia del doctor Guillotin. Porque es también la historia de quien lo apoya, de quien lo protege. De muchos políticos, por ejemplo. Los políticos que, habiéndoles fallado las ideologías, no saben ya a qué santo invocar y para permanecer en la onda buscan el sol del futuro en los desgraciados que quieren crear el Hombre con el ADN de las estrellas del rock y de los atletas famosos. (Lo más parecido a los simios y, además, drogados).

EL PAPEL DE LOS POLITICOS

Políticos que, para reencontrar el poder perdido permiten que nuestros (y los suyos) hijos nunca nacidos terminen en los nuevos campos de exterminio. Que para cristalizar el poder no perdido pasan por iluministas y desprecian el concepto de familia, es decir el concepto biológico en el cual se basa cualquier sociedad. Que no definen el matrimonio por lo que es, es decir, la unión de un hombre y de una mujer presumiblemente capaces de procrear, la institución jurídica que regula la necesidad de perpetuar la especie, sino una unión y una institución que acoge con los mismos derechos a dos individuos de la misma especie. Y por lo tanto, no es capaz de perpetuarla. Y paciencia, porque si (ya lo escribí en *El Apocalipsis*) nuestra especie apuesta por la homosexualidad se extinguirá como los dinosaurios. Paciencia si, con la adopción gay, en vez de un padre y de una madre el niño adoptado se encuentra con dos padres o con dos madres. Paciencia si, con dos padres o con dos madres, crece ignorando el concepto de paternidad y de maternidad...

Tampoco saben quién es su padre los niños nacidos de los embriones congelados. Ni lo sabrán jamás. La jodida Bioética prohíbe decirselo, y en la figura del padre ve sólo un sentimental que deja encinta a las mulas. En cuando a la figura de la madre, piénselo bien. Si nacen del óvulo de una gitana o de una famosa modelo que no quiere decir su nombre, esos niños no sabrán tampoco quién es su verdadera madre. No en vano este nuevo modo de nacer les encanta a los cónyuges del mismo sexo. Parece inventado para ellos.

La culpa es también de los intelectuales que el tío Bruno, el hermano de mi padre, llamaba *inteligentecretinos* o *cretino-inteligentes*. Los intelectuales que por oportunismo o beneficio o manía de influir en el futuro aprueban o propagan las desgracias de Frankenstein como si realmente fuesen conquista de la Humanidad. Y también de los medios de comunicación que esas desgracias las presentan con complacencia e, incluso, con el sombrero en la mano las describen obsequiosa y estudiantemente, como si fuesen recetas culinarias de Pellegrino Artusi o de Anthelme Brillat Savarin -dos famosos chefs italianos-. Receta surcoreana: «Se toman células de la epidermis de un paciente y se extrae el material genético, es decir el ADN. Después, se toma un óvulo donado previa recompensa por una mujer ucraniana o rumana o eslovena o coreana o albanesa o maltesa, que certifique



«Este nuevo modo de nacer parece inventado para los homosexuales...». / STOCK PHOTO

que no está fecundado y se vacía. Se le quita el núcleo y se tira. Hecho esto, en lugar de aquel núcleo se coloca el ADN sacado del cuerpo del paciente. Operación que se llama transferencia nuclear. Se estimula con sacudidas eléctricas a fin de que las células se multipliquen de prisa y corriendo, como si el óvulo hubiese sido penetrado por un espermatozoide, se obtiene el blastocito, es decir el óvulo que corresponde a la primera fase del desarrollo embrional. En definitiva, se crea un embrión. Cuando el embrión crece, se secciona (vivisección). Sus células estaminales se inyectan en el cuerpo del paciente...».

La receta inglesa, es decir la proporcionada por los investigadores de Newcastle, es casi idéntica. La única diferencia consiste en procurarse previamente tres blastocitos y, tras la transferencia nuclear, estimular un rápido desarrollo. Algo por lo que mi oncólogo estadounidense se indigna y dice: «This waving the therapeutic purpose is a dirty fib, a cruel lie -Esta búsqueda del descubrimiento terapéutico es un sucio embrollo, una trampa cruel-. Es cierto que no hemos conseguido eliminar el cáncer. Sin em-

bargo, lo curamos. A veces, lo bloqueamos. En cambio, ellos no han descubierto cura alguna contra las enfermedades que citan para justificar la nueva Matanza de los Inocentes. Pero, si acaso la descubriese, diría lo mismo: hay que oponerse. Hay que oponerse, porque la clonación terapéutica y, por lo tanto, válida para fabricar seres humanos. Hay que oponerse porque distinguir una de la otra equivale a esconderse tras un truco semántico.

HAY QUE Oponerse

Hay que oponerse porque inyectar en un enfermo células estaminales significa matarlo. ¿Sabe por qué? Porque las células madres de los embriones son tan vigorosas y tan potentes como desordenadas. No se multiplican como y donde queremos, sino como les place y donde les place. Ergo, causan tumores. Recientemente, han sido inyectadas en el cerebro de un mono. El cerebro desarrolló de inmediato un cáncer fulminante y el mono murió al cabo de pocos días. La culpa es de la llamada gente normal. La gen-

te que por ingenuidad o por desesperación cree en la historia de las enfermedades que se van a poder curar. Creyéndolo, se deja embaucar por falsas esperanzas. Porque, al igual que los sabios de la Bioética, también la gente grita a menudo al escándalo. Se atemoriza, dice: odio lo que quieren hacerme, qué me va a pasar. Pero después, atontada por el lavado de cerebro hecho por los políticos y los intelectuales que presentan a los Frankenstein como benefactores, seducida por los elogios de los periódicos que los tratan con el sombrero en la mano, cede a las dudas. No se da cuenta de que está ante el trágico devenir de nuestro destino, y cambia de idea. Para sentirse moderna, se adecua. Para no ir contracorriente y no perder las ventajas de la supuesta modernidad (que, al final, se resumen en un móvil colgado del oído) grita «milagro». Se arrodilla y aplaude, aunque eso signifique masacrar a sus propios hijos como Medea.

Hablemos claro. Vivimos en una sociedad que mira la vida en términos hedonistas y punto. Que busca sólo el bienestar, las ventajas materiales, las comodidades. Una sociedad en la que el alma no cuenta. Y la espiritualidad, menos. Y no sólo en Italia, no sólo en Europa, en EEUU sucede lo mismo. O peor. De hecho, fue EEUU el que difundió el culto al hedonismo. Fue EEUU el que lanzó la moda de los matrimonios y de las adopciones gays. Fue EEUU el que dio el visto bueno a las investigaciones. La única diferencia es que en EEUU la mayoría de los ciudadanos se opone y que a los investigadores su presidente les dice: «Yo no les voy a dar dinero para realizar a fondo la Matanza de los Inocentes. Yo no creo en la ciencia que destruye la vida para salvar la vida» (Bravo Bush).

Del Pacífico al Atlántico, del Atlántico al Mediterráneo, del Mediterráneo al Mar Artico, Occidente entero está enfermo de una enfermedad que ni siquiera millones de millones de células estaminales podrían curar: el cáncer intelectual y moral, del que hablo en mi Trilogía, sobre todo en *La Fuerza de la Razón*. Precisamente por culpa de ese cáncer no entendemos ya el significado de la palabra Moral, no sabemos ya separar la moralidad de la inmoralidad o de la amoralidad. Precisamente a causa de ese cáncer los mecenados de Frankenstein querían una investigación científica sin vetos y sin condenas. Precisamente a causa de ese cáncer, a los tipos de mi tipo los llaman tontos, *meapilas*, siervos del Papa y del cardenal Ruini e, incluso, los exponen al público escarmino con las palabras retrógrado, oscurantista, reaccionario. Pero la moralidad no es estupidez. Es raciocinio y sentido común. A veces, revolución. La Ética no es una moda. Es un código de comportamiento que vale en todas partes y siempre. Una disciplina que nos ayuda a descubrir el Bien y el Mal. El Bien y el Mal no son opiniones o puntos de vista. Son realidades objetivas, concreciones que nos distinguen (o deberían distinguarnos) de los Zarquai. No en vano nos servimos de ellas desde los días en los que habitábamos en cavernas y, aunque el hambre nos hacía ser caníbales, conocíamos esa verdad. El Bien es lo que hace bien y nos hace sentir bien. El Mal es lo que hace mal y nos hace sentir mal. Hoy, el Bien es considerado por la mayoría aquello que es

más cómodo. El Mal, lo que no lo es. Y pocos se dan cuenta de que optar por el Mal es dan de cretinos. No *cretino-inteligentes* o *inteligentecretinos*. Cretinos a secas.

SIN TEMOR A LA BURLA

So pena de ser objeto de burla y pasar por una nueva conquista del Vaticano, como una atea en vías de conversión, a comecuras en busca de absolución, en definitiva una revisionista *in articulo mortis*, vuelvo a Ratzinger. Y Ratzinger tiene razón cuando escribe que Occidente nutre una especie de odio hacia sí mismo y ya no se ama a sí mismo. Que de su historia ve sólo lo que es despreciable, que en ella ya no consigue descubrir lo que contiene de grande y de puro. Tiene razón cuando dice que el mundo de los valores sobre los que Europa había construido su identidad (valores heredados de los antiguos griegos y romanos -y del cristianismo, añado yo-), parece haber llegado al final. Que Europa está paralizada por una crisis de su sistema circulatorio y que esta crisis la está curando con transplantes -la inmigración y el pluriculturalismo, añado yo-, los cuales sólo pueden eliminar su identidad.

Tiene razón cuando dice que el renacimiento del islam no se nutre sólo del petróleo, sino que se alimenta también de su consciencia de que puede ofrecer una plataforma de espiritualidad. La espiritualidad a la que la vieja Europa y todo Occidente han renunciado. Por último, tiene razón cuando cita a Splenger, según el cual Occidente corre inexorablemente hacia su propia muerte. A este paso se terminará como terminó la Civilización Egipcia o el Sacro Imperio Romano. Como han desaparecido -y desaparecen, añado yo- todos los pueblos que olvidan que tienen alma. Nos estamos suicidando, queridos míos. Nos estamos matando con el cáncer moral, con la ausencia de espiritualidad. Y esta iniciativa del mundo de huir hacia delante con la engañosa eugenesia y con la tramposa biotecnología, es la etapa definitiva de nuestro masoquismo. Por eso, los Bin Laden y los Zarquai, individuos inmorales y amoraes, por sometidos a una paradójica forma de moralidad, campan a sus anchas.

Por eso, sus correligionarios nos invaden tan fácilmente y con tanta cara se convierten en los dueños de nuestras propias casas. Por eso, en nuestras casas son acogidos con tanto servilismo. Y con tanto miedo. Por eso, Europa se ha convertido en *Eurabia* y EEUU corre el mismo riesgo. Y por eso, sellados en la frente con la marca de la que hablo en *El Apocalipsis*, la marca de la esclavitud y de la vergüenza, muchos occidentales terminarán arrodillados en la alfombra rezando cinco veces al día al nuevo patrón, a Alá. ¿Referéndum? Pero qué es lo que quieren referendar. El propio término procreación asistida evoca el gesto de levantar la bandera blanca, de terminar en un mundo contra natura. Sin contar con que, pase lo que pase, este referéndum terminará como el de la caza. Es decir con los cazadores que siguen disparando bajo nuestras ventanitas y matando los pajarillos.

Traducción: José Manuel Vidal

«Los óvulos de las chicas rubias y estilizadas cuestan 15.000 euros porque garantizan hijos de concurso de belleza»

«So pena de ser objeto de burla, vuelvo a Ratzinger. Y Ratzinger tiene razón cuando dice que Occidente ya no se ama a sí mismo»